Gall, Lorena
Lojo Gall, Genoveva
Guiso de conejo - 1ª Edición - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ediciones 15 y 15, octubre 2019
Colección Trabajo en familia, tomo II

ISBN: 978-987-86-1769-5

Textos: Lorena Gall. Email: lorenainesgall@yahoo.com
Facebook: Lolo Nou Nou / IG: @lorenainesgall / www.lorenagall.com.ar
Ilustraciones: Genoveva Lojo Gall
Diseño de interior y tapas: Valeria Sartori. Email: vfsartori@gmail.com
Foto de contratapa: Federico Gall. Email: fedeegall@gmail.com

Contacto: Ediciones 15 y 15. Email: ediciones15y15@gmail.com
Impreso en TecnoOffset, ciudad de Buenos Aires, en septiembre de 2019
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Guiso de Conejo.indd 2 4/10/2019 10:47:33

Guiso de conejo

Lorena Gall y Genoveva Lojo Gall

Guiso de Conejo.indd 3 4/10/2019 10:47:33

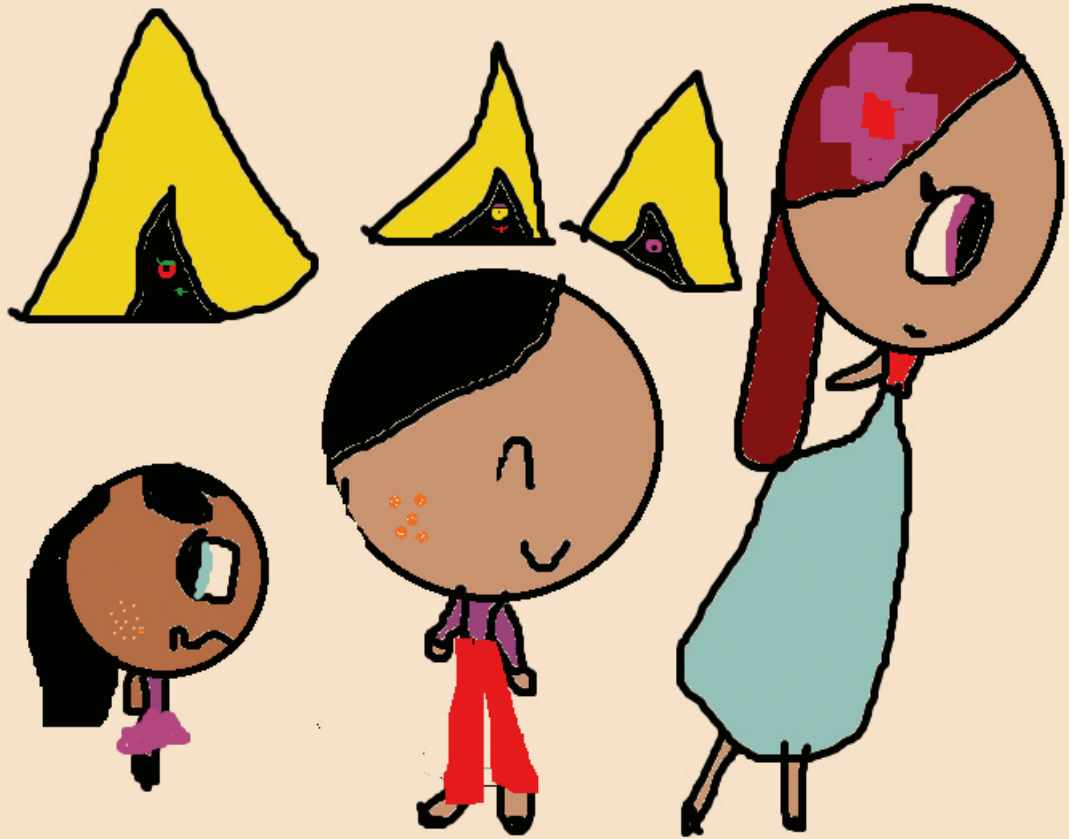
La niña del rayo

Mi nombre es Suray y quiero contarles una historia que pasó hace mucho tiempo. Yo vivía con mi familia en un pueblito del Collasuyo, una de las cuatro naciones del gran Tawantisuyo, que es como se conoce al gran Imperio Inca. Un día, llegaron a mi casa dos sacerdotes. Venían a llevarme al Cusco, la ciudad capital y el lugar donde estaba nuestro rey. Yo nunca había viajado tan lejos pero en cuanto supe la noticia, me puse muy contenta. ¿A cuántas nenas de siete años les pasaba algo así? Mis padres se abrazaron con lágrimas en los ojos, que eran tantas que les empaparon la ropa. Yo les pregunté por qué lloraban si yo estaba alegre. Ellos me contestaron que irse de viaje era algo bueno porque nos permitía conocer lugares nuevos, pero también triste, porque nos alejaba de las personas que queríamos.

Esa tarde me enteré de que yo no era la única de mi pueblo que iba a ir al Cusco. Otros dos chicos iban a venir conmigo: Numa, de ocho años y Chaska, de trece. Ellos hablaban en quechua, como la familia de mi mamá, y no en aymara, como la de mi papá. Yo hablaba bien las dos lenguas.

Nos presentaron a todos los miembros del grupo. Nos despedimos de nuestros padres y salimos de madrugada. El primer día caminamos sin parar hasta que se hizo de noche. Solo hicimos una pausa para comer. Estábamos a menos de un día de viaje en llama de nuestra casa. ¡Faltaba tanto!

Guiso de Conejo.indd 4 4/10/2019 10:47:33



Camino a Cusco

Mis piernas eran dos piedras que se me habían pegado al cuerpo. Al día siguiente, salimos de nuevo tempranísimo, con el cielo todavía oscuro, y caminamos hasta que el Inti, nuestro sol, se puso.

A medida que pasaron los días, me hice amiga de Numa y de Chaska. Nos gustaba esperar juntos el momento del atardecer en el que el cielo se vuelve todo celeste. Le decíamos "la luz mágica" porque por unos segundos, uno no puede darse cuenta de si es de mañana o de tarde. Numa sabía amansar llamas. En cuanto se les acercaba, ellas bajaban la cabeza para que él las acariciara. Chaska era como una madre para Numa y para mí. Antes de que nos acostáramos, nos cantaba canciones con su voz grave como la del erke, que es un instrumento muy largo que se hace con una caña y un cuerno.

Por fin, después de que el sol apareciera unas 35 veces, llegamos a la ciudad del Inca. Era preciosa. Había edificios enormes hechos con piedras traídas de los Andes y casas de barro pintadas de rojo y amarillo. Los cusqueños nos recibieron en silencio y nos dejaron dormir un día entero. Cuando nos levantamos de ese sueño tan pesado, nos bañaron y nos vistieron con ropa elegante. Después de comer, nos reunieron con otros chicos que habían traído de distintas partes del Tawantisuyo. ¡Éramos muchísimos! La mayoría iban vestidos con ponchos. Algunos tenían decorada la frente con plumas y sangre de animales.

Aparecieron los sikuris, unos músicos que tienen instrumentos hechos con cañas de diferente tamaño que hacen sonar el viento. Tocaron una melodía muy triste y me acordé de mi mamá. Chaska notó mis lágrimas y me abrazó fuerte. Faltaba poco para el momento de la luz mágica. Apoyamos las espaldas contra las rocas frías del Templo de la Luna y abrimos grande los

Guiso de Conejo.indd 6 4/10/2019 10:47:34

ojos para absorber todo el color celeste, pero en ese momento, apareció la enorme figura del Inca. Numa, Chaska y yo nos apretamos el uno contra el otro tratando de volvernos un solo cuerpo. Temblábamos de los nervios. Nos sentíamos como hormiguitas frente a nuestro rey.

El Inca se subió a un palco y dijo: –ustedes son el mejor regalo que nuestros dioses pueden recibir.

Chaska me apretó la mano. Estaba húmeda y dura. ¿Por qué reaccionaba así si nos estaban diciendo algo lindo?

Y el Inca gritó: –prepárense para comenzar un viaje más allá del tiempo.

Se cubrió con su manto y bajó. Los sikuris volvieron a tocar pero esta vez, una melodía alegre. Una multitud empezó a bajar de los cerros hasta el Templo de la Luna, que estaba protegido por una muralla y al que solo se podía entrar con permiso de las autoridades de la ciudad. Veíamos puntitos desde todos los lugares del Valle Sagrado.

Chaska salió a bailar con un chico que la miraba con ojos enamorados. A Numa y a mí nos hicieron pararnos en filas enfrentadas. En una estábamos las nenas y en la otra, los varones. Nos llamaban por turnos y armaban parejas a las que bendecían como en una boda. Entonces me di cuenta de que nos estaban casando. ¡Eso era la fiesta! Un casamiento entre hijos a hijas del sol. Cuando la celebración terminó, nos llevaron a unas chozas cubiertas con madera y plumas. Chaska y yo nos acostamos en la misma cama. Ella tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Me quedé despierta un rato más, con la cabeza apoyada en mi mano tratando de entender qué le pasaba. Era muy hermosa. Tenía la piel dorada, como cubierta con escamas suaves que la hacían parecer un animal de río.

Al día siguiente, comenzamos el viaje de regreso a nuestro pueblo. Cruzamos montañas

Guiso de Conejo.indd 7 4/10/2019 10:47:34



Guiso de Conejo.indd 8 4/10/2019 10:47:34

altísimas, bosques y arroyos congelados. Yo me marcaba líneas en las piernas cada nuevo día que pasaba. Solo pensaba en mis padres y en mi casa. Nuestras familias nos estaban esperando en la entrada del pueblo. Mi papá me abrazó. Mi mamá hizo un ruido raro con la voz y cayó de rodillas al piso, sacudiendo la cabeza y tirándose del pelo. Cuando se calmó, me apretó contra su pecho y me dijo que estaba muy agradecida de haberme visto una vez más. Yo no entendí por qué me decía eso si recién acababa de llegar. Los sacerdotes nos dieron sopa de quínoa y chicha, que es una bebida que se prepara con maíz y tiene un gusto asqueroso porque parece podrida. Yo me empecé a sentir un poco extraña, y todo me parecía gracioso. Me hacían cosquillas las palabras cuando salían de mi boca y el pelo cuando me rozaba los hombros. Numa decía que la cabeza le daba vueltas. Se hizo de noche. Las estrellas titilaban por turnos, como si escribieran un mensaje secreto.

Nos llevaron hasta un volcán llamado Llullaillaco, un lugar frío y desértico muy cerca de las nubes. Chaska ya no tenía los ojos inflamados. Numa y yo estábamos agitados por la caminata y pedimos que nos dejaran descansar.

Una vez que llegamos a la cima, me peinaron el cabello con dos trenzas finitas que salían de la frente y encima de ellas, me colocaron una placa de metal. A Chaska le pintaron las mejillas de rojo y le hicieron como cien trencitas. Y a Numa le pusieron un adorno de plumas en la cabeza. Nos dejaron solos y aprovechamos para juntarnos y darnos un poco de calor. Chaska se puso a cantar y su voz retumbó en la montaña.

Más tarde, nos hicieron caminar hasta el waka, que es el lugar de adoración de nuestros dioses. Ahí también, Numa empezó a actuar raro, como si tuviera miedo de la oscuridad. Y como si el miedo fuera contagioso, yo también lo empecé a sentir.

El waka estaba armado en una planicie. Sobre una

Guiso de Conejo.indd 9 4/10/2019 10:47:34

montañita de tierra y rodeada de paredes, había una plataforma con tres agujeros. Chaska dio un alarido en cuanto los vio. Numa tembló y yo miré hacia los costados buscando a mi mamá, pero ya se había ido.

Me hicieron entrar en el fondo de uno de los pozos con las piernas dobladas. Les hice caso. A mi lado, pusieron metales, lanas y plumas. Escuché que a Numa y a Chaska les ordenaron meterse en los otros agujeros, pero ya no podía verlos. Los sacerdotes nos dijeron que ese era el último tramo del viaje. Que nos íbamos a reunir con familiares que hacía mucho que no veíamos. Que nuestros padres vendrían con nosotros más adelante. Que íbamos a vivir para siempre.

Empecé a sentir frío y me acurruqué contra las piernas. Cerré los ojos.

Me desperté con un sacudón violento. Me ardía la cara y mi cuerpo se había puesto duro. Despegué los párpados con mucha dificultad porque estaban cubiertos de tierra. Seguía en el pozo. ¿Cuánto tiempo me iban a dejar ahí? Por arriba de mi cabeza, entraba un hilo de luz. Y también agua: un torrente cristalino y frío. Estaba lloviendo y tronaba. Los relámpagos cruzaban el cielo como barriletes. Intenté moverme pero no pude. Solo podía abrir y cerrar los párpados. Y escuchar, pensar y mirar. ¡Qué feas se habían puesto mis manos! Las uñas estaban tan largas que formaban tirabuzones. Mi pelo también había crecido mucho. ¿Qué estaba pasando? Quise gritar pero no lo conseguí: mis labios estaban pegados. Pensé en mis amigos. ¿Seguirían también ahí? Cerré los ojos y todo se puso negro de nuevo.

A la mañana siguiente, escuché voces que gritaban de alegría. Otros hombres, que hablaban una lengua extraña para mí, habían llegado al pozo en el que estaba enterrada. Me quitaron el polvo con suavidad y me cubrieron con telas. Cuando se alejaron un poco, abrí los ojos. Numa y Chaska estaban ahí, sentados sobre una plataforma. No

Guiso de Conejo.indd 10 4/10/2019 10:47:34

parecían vivos aunque, seguramente, yo tampoco, así que no podía estar segura de que estuvieran muertos. Entonces entendí que habíamos estado enterrados durante muchísimo tiempo.

Desde ese día, nos llevaron de un lado a otro hasta que se terminó la construcción del museo en el que estamos ahora y pudieron mostrarnos al público. Nos llamaron "las momias del volcán Llullaillaco" porque eso somos: momias conservadas en el tiempo por el gran frío de la alta montaña.

En estos años aprendí el castellano, así que ahora entiendo casi todo lo que dicen los que trabajan acá. Yo soy la más famosa de las tres momias porque el rayo que me devolvió la vida me dejó una marca grande en la mejilla.

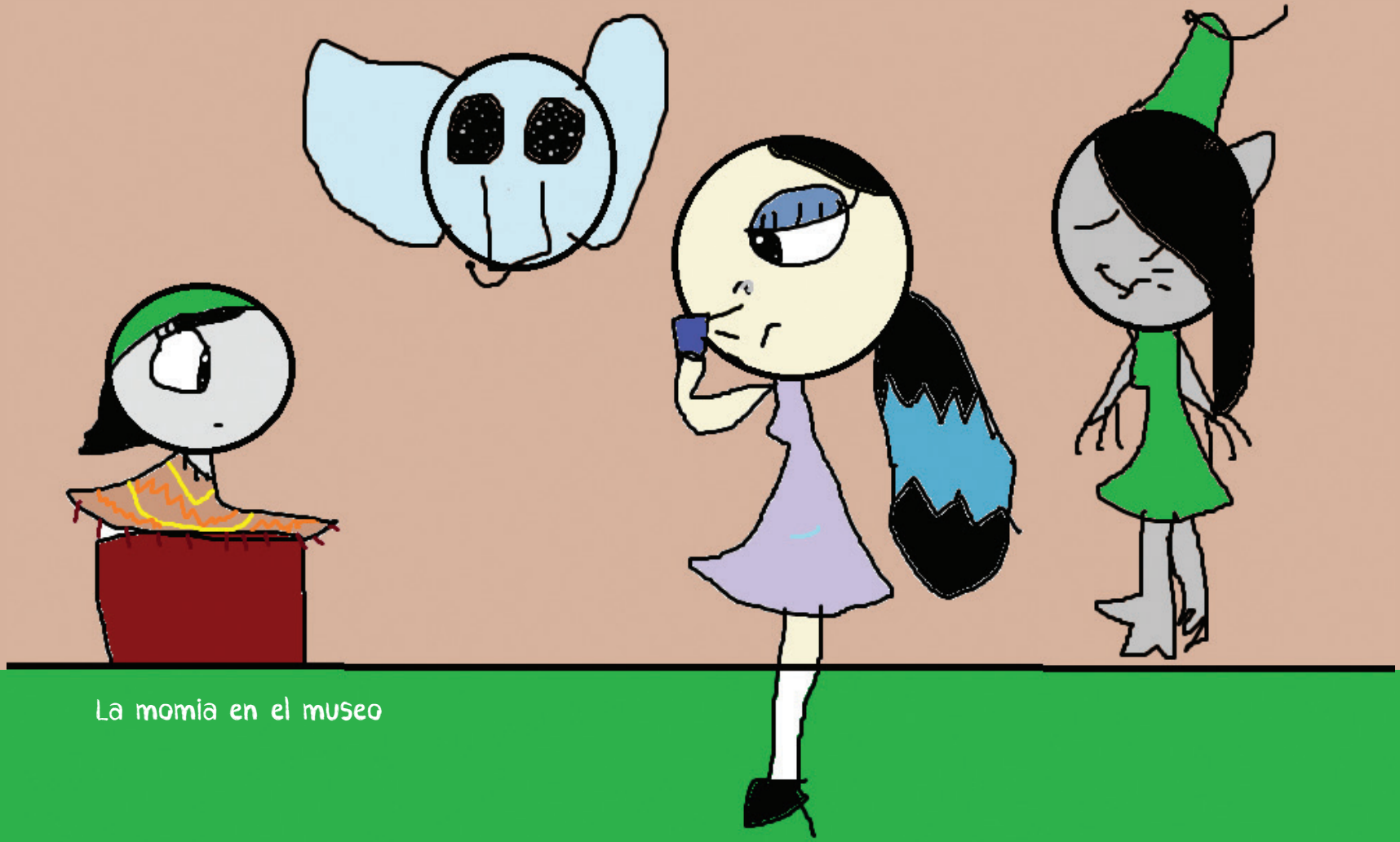
Me da miedo de que los hombres descubran que puedo abrir los ojos. ¿Y si me vuelven a matar? Un día me animé y los abrí delante de una nena que me miraba sin pestañear. No le pude sonreír pero me hubiera gustado decirle mi nombre o que fuéramos amigas. Se fue y nunca más volvió. Otro día, los abrí enfrente de un nene chiquito. Se asustó tanto que se puso a gritar. Entonces los cerré hasta que se fueron todos.

Desde entonces, solo abro los ojos delante de los nenes especiales, que son pocos, pero yo los identifico enseguida: son los que me quieren conocer y se dan cuenta, además, de que tenemos muchas cosas en común. No es que no sientan miedo, pero su curiosidad es más grande. Ellos son mis favoritos.

Lomas de Zamora, junio de 2017

*

Guiso de Conejo.indd 11 4/10/2019 10:47:34



La momia en el museo

Guiso de Conejo.indd 12 4/10/2019 10:47:34

Nenas lobas

Mamá loba trajo comida para todos.

–Auuu –dije.

No me gustaba el sabor del cuis. Prefería el ciervo o el conejo. Pero hacía rato que no llovía y muchos animales se habían muerto. Había poca comida para la manada porque los lobos no comemos animales muertos.

Tener hambre nos hace diferentes. Nos peleamos por todo y nos cuesta dormir. Casi no jugamos entre nosotros. No nos recostamos al sol ni a ver las estrellas. Cuando tenemos hambre, el canto de los pájaros no nos anima sino que nos recuerda cuánto tiempo pasó desde la última vez que cazamos entre todos un jabalí y fuimos felices.

Al otro día, la manada trajo comida y se la regurgitó a mamá loba para que ella pudiera amamantar a sus cachorros.

Yo no fui de caza porque no tenía suficiente energía. Nosotros cazamos agotando a la presa; no hacemos ruido para asustarla, como los perros, y después de tanto trabajo, terminamos muy cansados. Esta vez, la presa era muy pequeña y no alcanzaba para todos. Comimos un poquito, pero el hambre no se iba. Al contrario, el estómago se

Guiso de Conejo.indd 13 4/10/2019 10:47:34

abría y se estrujaba como si llorara.

Mi hermana me acompañaba siempre. Ella y yo éramos distintas del resto. No teníamos el hocico largo ni las orejas en punta. Nuestra piel era más blanca y sin pelo.

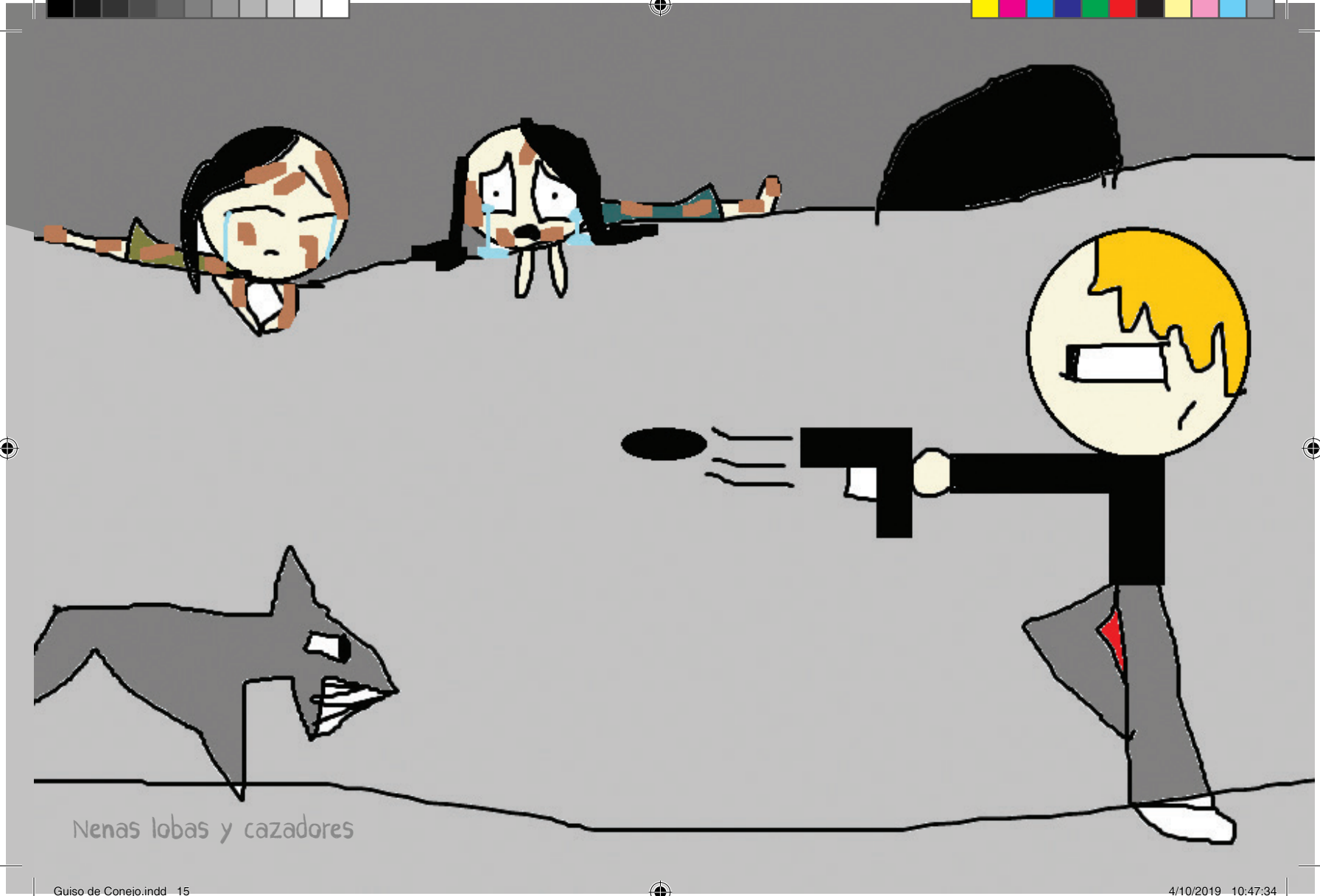
Yo puedo rastrear un animal desde cincuenta pasos pero la mayoría de los lobos pueden hacerlo desde mucho más lejos. También corren más rápido y destrozan el pellejo de la presa con facilidad pero en la manada nadie es diferente. Nos cuidamos a todos por igual y si le hacen daño a uno sentimos que nos lo hacen al resto. Un lobo es manada para siempre y no hay lobos solitarios.

Me gusta limpiar el pelaje de mis hermanos con la lengua. También, usar mis uñas para quitarme los restos de pelos o cartílagos que me quedan entre los dientes.

Cuando pasó lo que les voy a contar, mi hermana era muy chiquita y me seguía a todos lados. A veces, se confundía y creía que yo era su mamá. Pero no lo soy porque las mamás tienen hijos que les salen del cuerpo y a mi hermana la encontramos envuelta en hojas y barro al lado del río. Aprendió a caminar en cuatro patas, a aullar y a reconocer algunos lugares como los que usamos los lobos para dormir y las cosas que comemos y las que no, como la caca y las piedras. Lo que nunca pudo hacer es hablar. Yo sí. Les hablo a mis hermanos, aunque ellos no me responden.

Una mañana, escuchamos disparos cerca de nuestra madriguera. Los disparos hacen un ruido corto y seco, diferente al de cualquier otro sonido del campo. Mamá loba nos llevó a un nuevo refugio pero mi hermana y yo no podíamos correr tan rápido como los demás y nos metimos en una fosa tapada con ramas. Desde el agujero pude ver los pies de los cazadores y los pelos de mi cuerpo se convirtieron en espinas. Mi hermana lloraba porque no entendía bien lo que pasaba pero sabía que corríamos peligro. Los cazadores se acercaron

Guiso de Conejo.indd 14 4/10/2019 10:47:34



Guiso de Conejo.indd 15 4/10/2019 10:47:34



a la fosa. Yo temblaba, buscando el lugar por el que escaparnos. Mamá loba apareció de pronto y se le lanzó al cuello a uno de los hombres y lo hizo caer. El resto se acercó y empezó a disparar y escuchamos el gemido de mamá loba y un montón de voces que se juntaban alrededor de su cuerpo. Mi hermana y yo aprovechamos la confusión y nos alejamos de ahí. Cuando estuvimos seguras de que se habían ido, volvimos al lugar donde le habían disparado a mamá. Tenía los ojos abiertos y no reaccionaba. La sangre y la tierra apenas nos dejaban reconocerla. A su lado había un río de sangre que se perdía en el matorral y supuse que los otros hombres habían arrastrado por ahí al cazador herido. Mi hermana lamía a mamá pensando que de ese modo se despertaría, pero yo sabía que eso no iba a pasar. Se quedó pegada a su cuerpo. Cayó la noche y se durmió. Entonces, la subí sobre mi lomo y caminé por más de dos horas hasta que encontramos a nuestros hermanos y recién entonces, pude descansar.

Guiso de Conejo.indd 16 4/10/2019 10:47:35

Llovió a cántaros y al día siguiente, todo el monte había cambiado. Se sentía que la tierra había tomado agua porque era como caminar entre plumas y no entre piedras. Al mediodía, nuestros hermanos llegaron con una gran presa. Comimos hasta quedar llenos y nos acostamos al sol con los lobeznos que ahora cuidábamos nosotras. Mi hermana seguía triste y yo también. La comida no nos alcanzaba para alegrarnos.

A los pocos días, volvieron los cazadores. Esta vez, eran muchos y venían con lámparas de fuego. No nos dieron tiempo de refugiarnos y al rato, la mayoría de mis hermanos estaban muertos.

–¡Dios mío! –dijo uno de ellos cuando me vio. –¡Son humanas!

En ese momento, solo entendía algunas de las cosas que decían. Ahora hablo mucho mejor. Por eso, puedo contar esta historia.

Mi hermana lloraba y aullaba desesperada. Yo no me animaba a moverme. Recién cuando estuve acorralada, les hice frente y les mostré todos mis dientes pero uno de ellos levantó un tronco grueso y me golpeó en la cabeza.

Cuando desperté, nos trasladaban en unas telas atadas a dos ramas. Al atardecer, llegamos a un poblado. Nos desataron y nos dieron agua. Un montón de gente se amontonó a nuestro alrededor y desde ese día, fuimos la atracción del pueblo.

Nos llamaron Amala y Kamala y dijeron que yo tenía ocho años y mi hermana, cinco. Nos bañaron

Guiso de Conejo.indd 17 4/10/2019 10:47:35



Guiso de Conejo.indd 18 4/10/2019 10:47:35

y cortaron el pelo y las uñas. Nos pusieron ropa y zapatos. Nos obligaron a comer cosas calientes y a usar cuchara, cuchillo y tenedor. Eso sí que era raro. Ellos no olían lo que se llevaban a la boca y no les gustaba que nosotras lo hiciéramos pero como no comíamos cosas sin olerlas, al poco tiempo, dejaron de molestarnos.

También nos obligaron a dormir en camas separadas. Yo no podía dormir sin el calor de mi hermana y me pasaba a su cama en cuanto se iban los tutores pero al rato volvían y me retaban.

Otra manía de los hombres era hacernos caminar en dos patas. Nos levantaban y a mí, me ayudaban a estar derecha con una pechera y un palo a la altura de mis hombros. Todo lo que hacíamos lo anotaban en un cuaderno.

También querían que habláramos. Yo tardé un poco en soltarme pero finalmente, me acordé de las palabras que ya sabía y aprendí muchas otras más.

Amala, en cambio, no aprendía nada de nada. Nunca pudo caminar derecha ni hablar y un día, también dejó de comer. Estaba triste y se enfermó.

Una mañana, me acerqué a la cama de Amala y la encontré dura y fría, como aquél día a nuestra mamá. Entonces lloré, y mi llanto se fue convirtiendo en aullido. Recordé que era una loba. Sentía tanta pena que las palabras no me servían. Los hombres me sacaban fotos y registraban mis aullidos en un aparato.

Pusieron el cuerpo de Amala en un pozo y le echaron tierra encima pero no me dejaron acercarme. Entonces vi mi oportunidad. Corrí a más no poder y cuando estuve de vuelta en el monte, llamé a mis hermanos, convencida de que algunos de ellos seguirían con vida.

Ninguno respondió.

Al tercer día de andar sin comer, mi boca estaba tan seca que era como masticar tierra. Mi panza no dejaba de hacer ruidos. Tenía la piel pegada a las costillas y hasta me costaba respirar. Una liebre

Guiso de Conejo.indd 19 4/10/2019 10:47:35

me cruzó. Caminé despacio y cuando la tuve cerca, me lancé sobre ella y le di un zarpazo. Se desintegró ante mis ojos. Una hora más tarde, me pasó lo mismo cuando intenté zambullirme en un manantial de agua. Estaba delirando, porque eso es lo que nos pasa cuando no comemos por mucho tiempo.

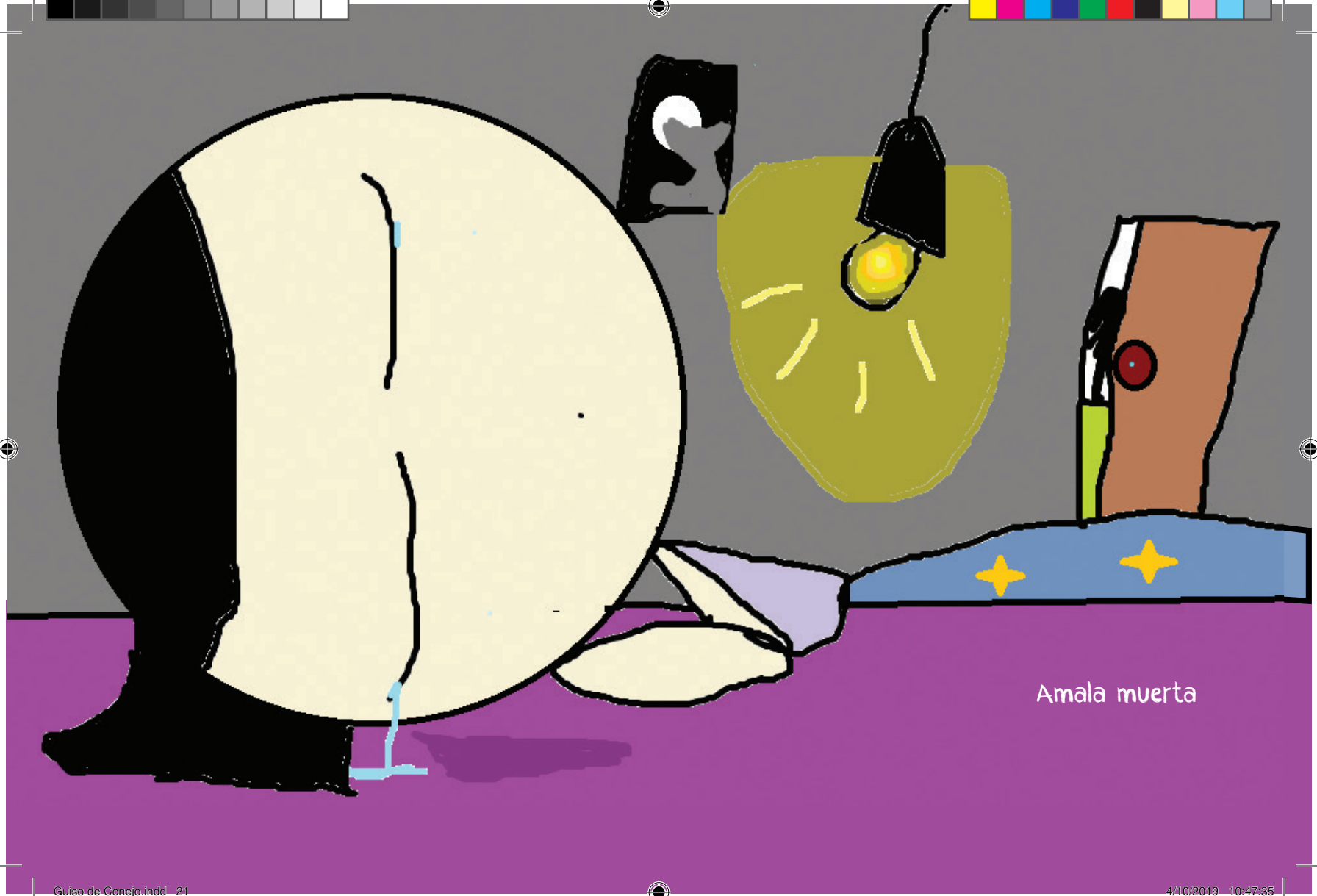
Me dormí y me desperté con los lamidos de mis hermanos. ¡Tres de ellos seguían vivos! ¡Qué contentos nos pusimos por encontrarnos! Me guiaron hasta un arroyo y bebí con desesperación. Después, los seguí hasta su refugio y comí algunos restos de carne.

Desde entonces, vivo con ellos, alejada de los seres humanos que me dieron las palabras con las que cuento esta historia. Sé que voy a olvidar algunas, a medida que mis frases se conviertan en gruñidos y aullidos, pero nunca del todo porque no soy solo loba. Soy una humana criada con lobos. Una nena loba. Una mujer loba.

Lomas de Zamora, julio de 2017

*

Guiso de Conejo.indd 20 4/10/2019 10:47:35



Guiso de Conejo.indd 21 4/10/2019 10:47:35

Susana La gitana

Desde que murió mi mamá, mi papá está buscando niñera. Por ahora, nos cuida mi tía pero ella tiene sus propios hijos y no puede con todo. Hoy, por ejemplo, almorzamos a las cuatro de la tarde. En cinco minutos empieza mi programa favorito y yo todavía no terminé la tarea.

–¿Te falta mucho? –me pregunta mi hermano Jacinto.

–No –miento y me apuro a escribir las últimas oraciones.

Corro a guardar mi mochila. Vuelvo por el living, donde mi papá entrevista a las candidatas, y me escondo para escuchar lo que dicen.

–¿Qué edades tenían las niñas que cuidó?

–Desde que nacieron hasta los seis años –responde la mujer.

Su pelo es negro y le llega a la cintura; tiene una pollera verde y un pañuelo azul en la cabeza. Todavía no se dan cuenta de que estoy ahí. Miro sus manos, las mueve mucho para hablar y hace sonar un montón de pulseras.

A la hora de la cena, mi papá nos cuenta: el lunes viene la nueva niñera. Mi tía me sirve las albóndigas encima de los fideos.

–¿Quién es? –pregunta Jacinto.

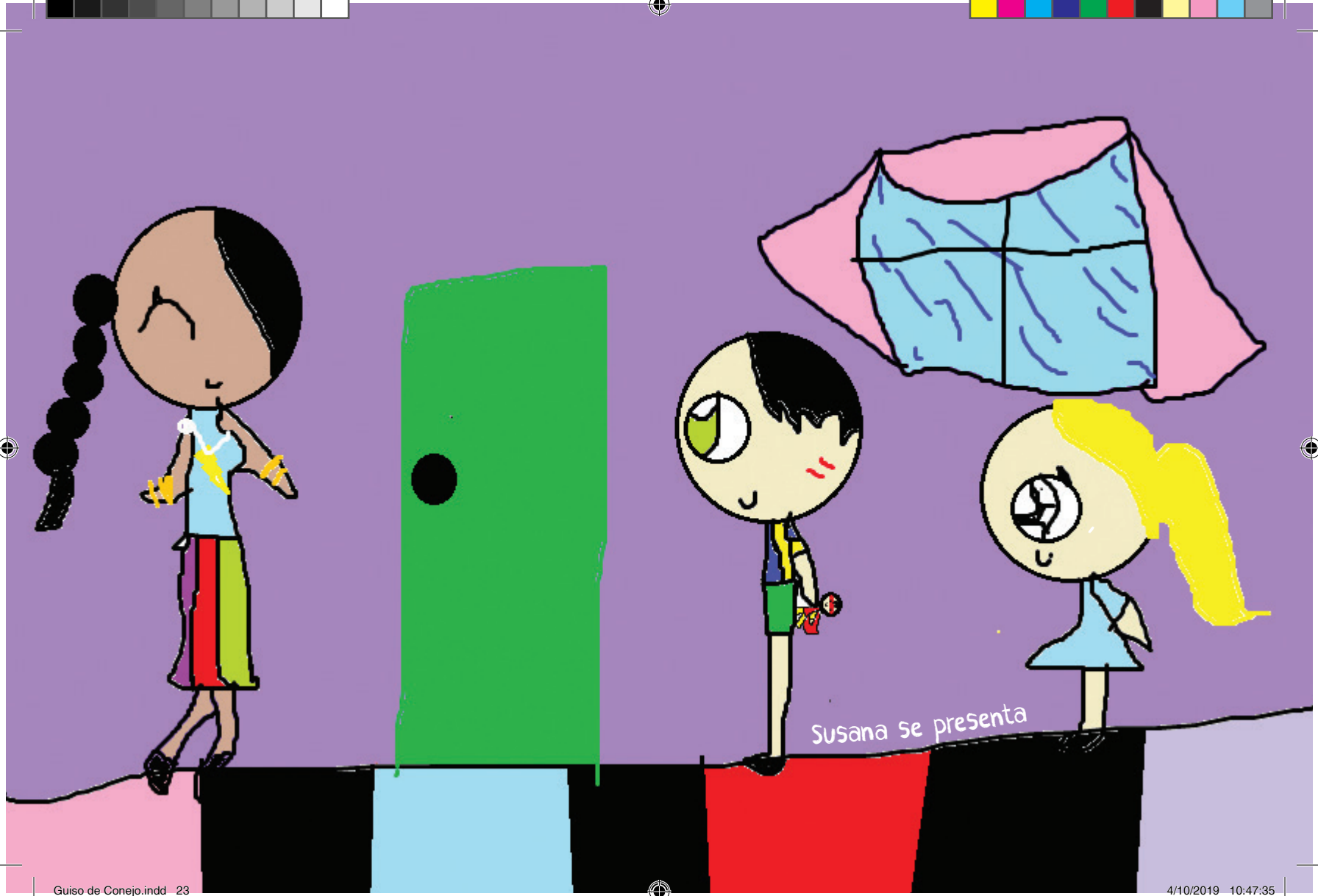
–Se llama Susana. Es de Santa Fe.

Miramos a mi tía pero ella levanta los hombros y mueve la cabeza de un lado a otro: no la conoce.

–Antes era peluquera –dice mi papá– pero cuidó a dos nenas durante muchos años.

–¿Tenía el pelo largo hasta la cintura? –pregunto,

Guiso de Conejo.indd 22 4/10/2019 10:47:35



Guiso de Conejo.indd 23 4/10/2019 10:47:35

sospechando que se trata de la que yo vi.

–Sí, y un pañuelo. Se viste así porque es gitana.

–¿Y eso qué es? –pregunta mi hermano.

–Los gitanos son un pueblo muy antiguo. Y como fueron perseguidos tuvieron que escaparse muchas veces y se diseminaron por todo el mundo.

El lunes, a la vuelta de la escuela, nos encontramos con Susana en la entrada del edificio. Nos da un beso, nos descuelga las mochilas y nos ayuda a sacarnos el guardapolvo. Nos sentamos a almorzar. La milanesa y el puré están riquísimos.

Susana es una verdadera niñera porque juega con nosotros. No se ocupa solo de las cosas de la casa, como la señora que nos cuidaba antes. Nos deja poner champú en el agua para hacer espuma y todos los días nos lee un cuento. Con ella también aprendemos algunas canciones en romaní, que es la lengua de los gitanos, y trucos de magia.

Todos los días, en cuanto llega mi papá ella sale con sus amigas o se mete en su cuarto a ver la tele. A mí no me molesta porque sé que este es su trabajo y quiere descansar. En cambio, mi hermano se enoja y dice que a Susana no le importamos.

Un día, Susana nos avisa que las nenas que cuidaba antes van a venir a visitarnos. Nos cuenta que son muy tímidas, que casi no hablan y que les tienen miedo a las estatuas. Por eso, antes de que vengan, le ponemos una sábana a una escultura de mujer que hay en el living.

Tocan el timbre. Ahí están las gemelas. La señora que las trajo las despide con un beso y dice que va a volver a las nueve. Susana las hace pasar.

Guiso de Conejo.indd 24 4/10/2019 10:47:35



Guiso de Conejo.indd 25 4/10/2019 10:47:35



–Ellas son Agustina y Verónica.

Nunca vi a dos chicas como ellas. Son hermosas pero también muy raras. La piel, el pelo, las cejas, todo es blanco como la crema. O bueno, amarillento como la manteca.

Tomamos la merienda. Susana preparó churros con chocolate porque son los favoritos de las nenas. Ya entiendo por qué. ¡Son riquísimos! Jacinto está enojado y no quiere comer nada.

–Yo quería torta de limón –dice.

–Otro día –le contesta Susana.

Cuando las nenas se van al living mi hermano le da un mordisco a un churro.

–¿Sabes por qué son tan blancas? –me pregunta.

–No.

–Porque son albinas. Es una enfermedad de la piel.

Albinas. Qué palabra tan rara, pienso.

Después de un rato, Jacinto hace uno de los trucos que aprendió con las cartas. La primera y la segunda vez que lo intenta, se equivoca.

–¿Querés que lo haga yo? –propone Susana.

–¡No! –dice él.

La tercera, por fin, adivina la carta que habían elegido las chicas. Ellas nos muestran cómo hacer desaparecer un muñeco y cómo encontrar una moneda atrás de las orejas. Yo pruebo pero no me sale ninguno.

–Es que necesitás verdadera magia –dice Susana. Se desengancha uno de sus aros y lo hace desaparecer delante de nuestros ojos.

Susana sale a la terraza con las nenas. Yo me asomo pero hace mucho frío. Pasa un rato largo y no vuelven.



Guiso de Conejo.indd 26 4/10/2019 10:47:36

–Las albinas no sienten frío –dice Jacinto. Me molesta cuando se hace el sabelotodo.

Cuando regresan, Susana me pide que saque mis disfraces. Mi hermano corre a mi cuarto y se encierra. Por más que pasamos un rato largo golpeando la puerta, no nos abre, así que nos quedamos sin disfraces. Vamos a jugar al dominó pero antes de que terminemos el partido, aparece Jacinto y le saca la sábana a la estatua. Una de las nenas grita y la otra se pone a llorar.

–¿Cómo vas a hacer eso? –lo reta Susana.

–Te dije que le tenían miedo.

–A mí qué me importa –dice él.

Susana, enojada, lo obliga a pedirles perdón pero Jacinto, en vez de eso, le pega una patada al modular y rompe la puerta de vidrio. Por suerte, no se lastima, pero igual, llora y dice malas palabras. Las nenas se



Guiso de Conejo.indd 27 4/10/2019 10:47:36



Las gemelas albinas y la estatua

Guiso de Conejo.indd 28 4/10/2019 10:47:36

asustan y la casa se vuelve un griterío. Susana está furiosa. Encierra a mi hermano en su cuarto hasta que vienen a buscar a las nenas.

Cuando viene mi papá, ella le cuenta lo que pasó y él nos deja sin dibujitos toda la semana. Yo creo que es culpa de Jacinto pero no digo nada.

–Es una bruja –me dice él cuando estamos solos –¿no te das cuenta? Esas gemelas son sus demonios y por eso las necesita más que a nosotros.

Yo no le creo hasta que una noche, la encuentro revisando los cajones de mi papá. Cuando me ve, se pone nerviosa y guarda todo lo que tiene en la mano y se va corriendo a su cuarto. En el cajón hay una soga trenzada.

Corro asustada a mostrárselo a mi hermano y él me dice que esa es la prueba, que ella debe haber puesto algo para tener poder sobre nuestro padre. Yo por las dudas, tiro la soga a la basura.

Un sábado, salimos de paseo y Susana compra un libro de cocina. Desde esa vez, prepara un plato distinto cada día. Mi papá llega temprano y siempre repite el plato. Quizá mi hermano tiene razón y ella le mete algo a las cosas para esclavizarlo. ¡Pero no puede ser! Si ella es tan buena como siempre. Es una bruja, repite él. Es un hada, pienso yo.

Mi hermano no quiere comer nada que haga ella. Se mete la comida en la boca y cada tanto va al

Guiso de Conejo.indd 29 4/10/2019 10:47:36

baño y la escupe. Solo come pan y a la noche se levanta para cortarse queso o hacerse una leche. Yo como todo lo que me sirven y nunca me sentí mal. A lo mejor, es mi hermano el que se volvió loco.

Otra noche, vuelvo a encontrar a Susana con su libro de recetas. Huele muy rico pero son las doce y hace rato que dormimos. Me parece raro que se ponga a cocinar tan tarde.

–¿Qué estás haciendo?

Ella se da vuelta sobresaltada y cierra el libro con vergüenza.

–Nada, nada.

Me acerco a la cacerola y destapo la olla. Un olor muy fuerte como a alcohol sale de ahí adentro.

–¿Qué es esto?

–¿Me prometés que no vas a decir nada?

Siento escalofríos de tener que guardar un secreto sobre algo importante pero igual, le digo que sí.

–Estoy haciendo dulces para vender en la feria pero no tengo tiempo mientras me ocupo de la casa.

No puedo cumplir mi promesa y se lo cuento a Jacinto.

–Tenemos que hacer que papá la eche. Ahora entiendo lo que quiere conseguir: ocupar el lugar de mamá. –Sus ojos están llenos de lágrimas cuando lo dice. Los míos también.

Mi hermano se portó todo lo mal que pudo esa semana. Y no solo en casa. También en la escuela y el jueves, llamaron a mi papá de dirección porque decían que le había contestado muy feo a la maestra.

Un día, Jacinto saltó del colectivo una parada antes y salió corriendo. El colectivero paró enseguida y pudimos alcanzarlo. De camino a casa, Susana le dijo que era el chico más malo que había cuidado. Él la escupió y le dijo que la odiaba. Que por qué se había muerto nuestra mamá y no ella. Ella intentaba calmarlo pero él, enojado, la

Guiso de Conejo.indd 30 4/10/2019 10:47:36

empujaba lejos. Le dijo que no quería que se llevara a nuestro papá también.

–Jacinto. No es mi culpa lo que le pasó a tu familia –dijo ella con la voz entrecortada.

Yo corrí a abrazarla y mi hermano se puso rojo de rabia y nos separó. Era todo muy extraño y triste. Como el día que enterramos a mi mamá.

Esa noche Jacinto le dijo a mi papá que ella nos trataba mal, que no nos cuidaba cuando salíamos del colegio, que a él casi lo pisaba un auto, que le había gritado y que se la pasaba cocinando para vender. Yo no dije nada para defenderla.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, Susana ya no estaba.

Mi papá nos dijo que la habían vuelto a llamar de la casa de las gemelas para contratarla como niñera.

Final triste

Yo me pasé un mes entero mirando por la ventana, esperando que Susana volviera, pero nunca vino. Mi hermano se pasó el resto del año practicando trucos de magia y cantando canciones en romaní pero nunca volvió a hablar de ella.

Final feliz

Un día, Susana volvió y mi hermano y yo la abrazamos y le pedimos perdón por lo mal que nos habíamos portado. Jacinto, sobre todo, por mentir. Ella nos propuso que fuéramos los tres a visitar la tumba de mi mamá y le hiciéramos algo lindo. Cada domingo de ese año, fuimos a cantarle canciones en romaní y a mostrarle algunos trucos de magia que a Jacinto le salían muy bien de tanto practicar. Después de un tiempo, nos sentíamos mucho mejor y ya pensar en mi mamá no nos dolía tanto sino que, al contrario, nos hacía recordar los buenos momentos que habíamos pasado con ella.

Lomas de Zamora, marzo de 2019



Guiso de Conejo.indd 31 4/10/2019 10:47:36

Guiso de conejo

Me llevaron a la casa de mi tía Úrsula por el fin de semana largo porque mis papás iban a celebrar su aniversario de casados a Puerto Madryn. Hacía dos años que no veía a mi tía y no me acordaba mucho de ella.

Llegamos el viernes a las tres de la tarde. Mi tía me ayudó a ordenar la ropa en el placar y me pidió que le diera mi tablet. Yo le dije que no porque hacía poquito que me la habían comprado y la usaba para muchas cosas. Ella me dijo que esas eran las reglas de su casa.

–Es que no soporto que la gente esté pegada a las pantallitas. ¡Con todo lo que hay que ver en la vida!

Se la di.

Ni siquiera me dijo gracias. La puso arriba de la heladera y me llevó de la mano al jardín.

–¿Me ayudás a podar el rosal? –me preguntó, como si fuera lo más normal del mundo. Me sentí como un gato electrocutado y quizá por el susto, le dije que sí.

Ella se metió en el cuarto de herramientas y trajo una tijera.

–Nunca hagas esto solo –me advirtió y con un dedo separó el párpado de abajo del ojo como hacen todos los adultos cuando quieren que los

Guiso de Conejo.indd 32 4/10/2019 10:47:36

trates con respeto.

Me ofreció las tijeras y yo me quedé de brazos cruzados. No pensaba hacer todo lo que ella quisiera. Úrsula levantó los hombros como si no le importara y se perdió en la maraña de espinas.

Yo empecé a caminar hacia el fondo, con cuidado: nunca se sabe lo que una persona como mi tía puede tener escondido en el jardín. No escuchaba a ningún perro y tampoco veía a la vaca que había en su casa la última vez que vine. Entonces me dejé llevar por el camino y encontré dos corrales enormes. Reconocí el lugar, me acordé de que hacía dos años estaba lleno de gallinas. Pero esta vez no. Solo había conejos. Conté tres, cuatro, cinco conejos de pelo blanco y dos de pelo negro.

–¿Y las galliinaaaas? –le grité a mi tía.

–Les hice un gallinero móooovil –me contestó.

No entendí lo que dijo después pero al final de su frase, adiviné la palabra "estanque". ¡Me había olvidado de que había uno! Entonces corrí con la esperanza de encontrarme una laguna gigante llena de peces pero para mi sorpresa, el estanque era una cosa chiquita, con forma de riñón, que apenas tenía el tamaño de mi pelopincho de goma.

Es que, claro, yo era más bajito cuando vine y todo me parecía enorme.

En el estanque había como veinte patos. La mayoría tenían el plumaje marrón y gris, la cabeza verde y el pico amarillo. Sus palmas fluorescentes iluminaban el camino. Había algunas crías de plumitas finitas que el viento movía de un lado a otro como las llamas del fuego. Y más lejos, un pájaro enorme, de más del doble de tamaño que

Guiso de Conejo.indd 33 4/10/2019 10:47:36

el resto. Me acerqué despacito para que no se espantara y lo miré con más atención. Tenía el cuello largo y curvo y un antifaz negro por encima del pico. “¡Es un cisne! y es el animal más hermoso del mundo”, pensé.

Escuché las pisadas de mi tía a mis espaldas.

–¿Ese cisne estaba la última vez que vine? –le pregunté.

–No estoy muy segura –me dijo. –Se llama Godofredo. Pero vamos a cenar antes de que la comida se enfríe.

–¿Tan temprano?

En el cielo todavía se podían ver algunos rayitos de sol.

–Es que en el campo, cuando se hace de noche, nos acostamos.

La mesa estaba tendida y decorada con flores. En el centro había panes con semillas y potecitos con cremas para untar. Me sirvió la comida en una taza de barro. La acerqué a mi nariz y respiré hondo por encima del humo que salía de ese potaje extraño. Olía a pasto mojado.

–¿Qué es esto? –le pregunté sin animarme a probarlo.

–Conejo.

Casi me atraganté con el bocado.

–¿Conejo de tu corral? –grité, mientras apretaba con fuerza la cuchara.

–Por supuesto –me dijo mi tía. –Para eso los crío.

Dejé toda la comida a un lado. Me parecía asqueroso. Yo había tocado esos conejos, su pelaje suave, sus orejas sensibles y escurridizas.

–¿Y el cisne? ¿También lo vas a comer? –pregunté, esperando que me dijera que no.

Guiso de Conejo.indd 34 4/10/2019 10:47:36



Guiso de Conejo.indd 35 4/10/2019 10:47:36

Pero ella no tuvo piedad y movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

–Algún día, sí. Pero es muy joven.

Tuve ganas de llorar y empecé a picotear el pan para no morirme de hambre.

–Vos podés elegir no comer carne. Hay mucha gente que lo hace –dijo Úrsula. Su voz era dulce y tranquila.

–Ya lo sé. Se llaman vegetarianos –contesté. –Como Lisa Simpson.

–Pero si comés carne –continuó mi tía– tenés que saber de dónde viene. Y viene de los animales que otras personas matan.

No quería escucharla más. Quería que se atragantara con el conejo que estaba comiendo. O que me dijera que en realidad, la carne la fabricaban sin lastimar a ningún animal.

Seguí comiendo pan y ella su guiso hasta que un graznido nos hizo asomarnos por la ventana. Mi tía abrió los postigos y toda la brisa de la primavera nos empujó hacia atrás.

–¡El perro del vecino! –gritó Úrsula y dio un salto de grillo hacia el jardín. Corrimos a toda velocidad pero llegamos tarde.

En el pasto, el cuerpo de Godofredo parecía una almohada sin relleno. Úrsula se agachó para tocarlo.

–Está muerto –dijo, mientras lo sacudía.

Mi pecho rugió como un volcán.

–¡Vamos a matarlo! –grité, pero ella me detuvo.

–¿Por qué lo harías?

–Porque mató al cisne –dije.

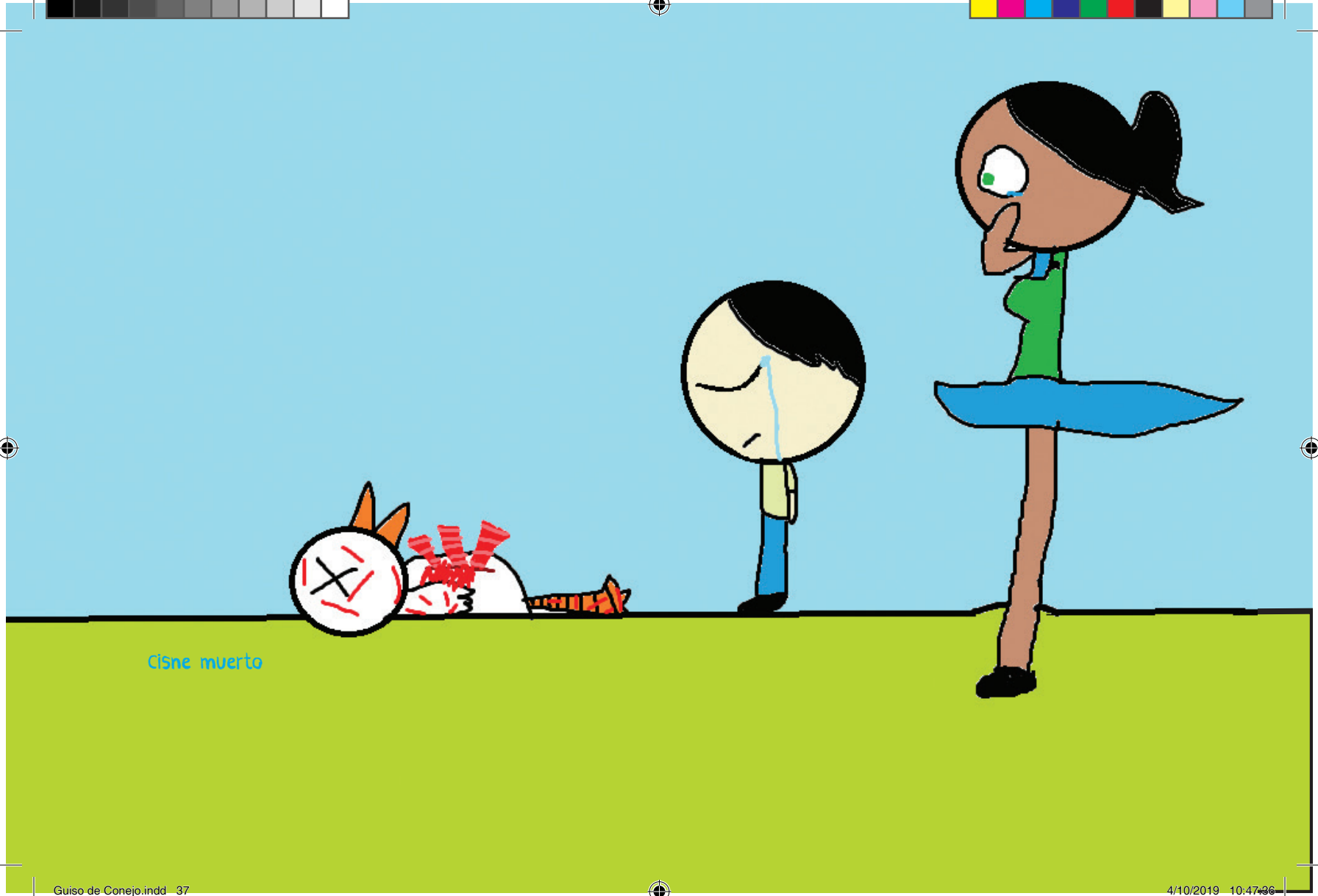
–Pero es un perro. Es lo que los perros hacen. No vamos a matar a un animal a menos que lo vayamos a comer –dijo Úrsula.

–¡Yo nunca me comería un perro!

–Depende de cuánto hambre tengas.

Me dio impresión esa idea y la miré de frente para sacarme la duda: ¿por qué me decía esas cosas tan horribles? ¿Mi tía no sería en realidad una

Guiso de Conejo.indd 36 4/10/2019 10:47:36



Guiso de Conejo.indd 37 4/10/2019 10:47:36



bruja? Ella pensó un rato antes de contestar.
–No te preocupes. Los seres humanos no nos comemos a nuestras mascotas.

Menos mal.

–Andá al cuarto del fondo a buscar una pala. Vamos a enterrar a Godofredo.

–¿Adónde? –pregunté.

–Cerca del limonero.

Cavar un pozo tan hondo nos llevó como una hora.

El enojo con el perro y con mi tía se me fue pasando de a poco. Sentí que estaba haciendo algo importante.

–Ahora vamos a buscar al cisne y lo vamos a meter con mucho cuidado en este hueco.

–¿Y por qué no lo comemos si ya está muerto? –pregunté.

–Porque no sabemos si ese perro está sano.

Me dio los guantes que antes había usado ella para podar el rosal y me pidió que lo hiciera yo. Caminé hasta el cadáver de Godofredo y lo envolví como un matambre, tratando de que las patas y la cabeza

Guiso de Conejo.indd 38 4/10/2019 10:47:36

quedaran aprisionadas en el plumaje. Nunca había tocado un animal recién muerto. El cuerpo se les pone rígido y frío y es difícil mover las articulaciones. Parecía un juguete de plástico.

Metimos a Godofredo en la tumba y le echamos tierra encima. Tardamos media hora en tapar el agujero por completo. Después, aplastamos la montañita con golpes suaves.

–¿Y qué va a pasar ahora? –pregunté.

–¿Con qué?

–¿Con Godofredo? ¿Se va a ir al cielo?

–No –me dijo Úrsula y se sacudió las manos en el pantalón. –Bueno, en realidad, el líquido de su cuerpo se va a evaporar y a condensar en las nubes hasta que vuelva a caer en forma de lluvia. O sea que el agua de su cuerpo sí se va a ir al cielo.

–¿Pero va a seguir siendo Godofredo?

–Para vos y para mí, sí, en nuestro recuerdo.

Me largué a llorar porque ya no tenía bronca. Me dolía todo y no sabía cómo expresarlo de otra manera.

En ese momento me di cuenta de por qué mi tía me parecía tan rara. Y es

Guiso de Conejo.indd 39 4/10/2019 10:47:36

que, a diferencia de otros adultos, ella no mentía nunca.

–¿Y qué va a pasar con el resto del cuerpo? –le pregunté. –¿Con su pico y sus patas?

Úrsula se sentó sobre sus talones antes de hablar otra vez.

–Se van a descomponer poco a poco. Van a formar gases y fluidos y en ese proceso van a entrar las bacterias y los hongos y también otros insectos que comen animales muertos. Todo eso se va a integrar al suelo para alimentar, por ejemplo, a este limonero. Entonces Godofredo va a ser parte del tallo y las hojas y las frutas de esta planta.

–¿Y a nosotros nos va a pasar lo mismo? ¿A vos, a mi papá y a mi mamá?

–Sí, por supuesto.

–¡Pero yo no quiero que nadie se muera para siempre! –grité y me hice una bolita de carne.

–Nadie quiere morir pero solo vivimos un ratito –dijo ella. –Por eso la vida es tan valiosa.

–¿Y cómo sabemos cuándo se va a terminar? –le pregunté.

–No lo sabemos. Nadie lo sabe. Tenemos que aprovechar cada día para hacer las cosas que nos divierten, para aprender y hacer felices a otros también.

Esa noche la pasé con mi tía cantando canciones al lado de una fogata que hicimos juntos. Ella imitaba el sonido de distintos animales y yo tenía que reconocerlos. Me divertí mucho.

Cuando volví al año siguiente, corrí a la tumba de Godofredo. Busqué en el piso el lugar en el que habíamos enterrado al cisne, pero el pasto había crecido y no se notaba la diferencia con el resto del jardín. El limonero, en cambio, no era el mismo que el del año anterior. Ahora era un árbol grande, fuerte y lleno de flores.

Buenos Aires, mayo de 2017

*

Guiso de Conejo.indd 40 4/10/2019 10:47:36



Enterrando al cisne

Guiso de Conejo.indd 41 4/10/2019 10:47:36

Guiso de Conejo.indd 42 4/10/2019 10:47:36

Este libro está dedicado a los abuelos: a Fernanda, porque queremos que se recupere pronto y pueda volver a pasar tiempo con nosotros; a Ema, la abuela que Genoveva y su hermano no pudieron conocer; a Alberto, a quien disfrutamos muy poquito y a Albino, el abuelo todo terreno.

Guiso de Conejo.indd 43 4/10/2019 10:47:36